

con el nombre de electricidad; pero limitada en sus resultados, nula en sus aplicaciones, objeto de mera curiosidad, se consideraba esta parte de la ciencia como la más especial de la física, y ni aun se conoció su importancia cuando Muschenbroeck y Allamand descubrieron la botella de Leiden, simplificada por Watson, que intentó además medir la rapidez de este fluido. Franklin se aplicó á estudiar y explicar tales fenómenos y restituyó á la electricidad el carácter de ciencia física, mientras el sacudimiento producido por la botella parecía darle el de ciencia fisiológica.

Suponia al principio dos electricidades, la vítrea y la resinosa; pero vino despues en conocimiento de que no habia más que una, ya positiva, ya negativa. Sometiendo al análisis la botella de Leiden, dedujo su teoría de la electricidad, que consiste en suponer un solo fluido eléctrico, cuyas partículas se rechazan entre sí, mientras que la materia las atrae.

Los progresos de la ciencia echaron abajo muchas de sus hipótesis; pero dejó sentadas en sólidas bases dos insignes doctrinas: la desaparición de la electricidad por medio de las puntas, de suerte que no puede acumularse en cuerpos puntiagudos, y la producción del rayo por un exceso de electricidad en la atmósfera.

Asociando ambos principios, concluyó que se podría con las puntas descargar la atmósfera del exceso del fluido, y tal fué el origen de los pararrayos, prodigioso y sencillo aparato de su invención, que destruyó para siempre las ilusiones fantásticas que daban al rayo cierto aspecto sobrenatural.

Habiéndose suscitado entre la metrópoli y las colonias americanas las graves cuestiones que habian de conducir á estas á la revolución, Franklin fué enviado á Londres en representación de los intereses norte-americanos, y logró que se le oyese en la cámara de los Comunes, donde respondió con firmeza, precisión y facilidad á las preguntas que se le hicieron, dió las noticias que se le pidieron sobre el comercio, la hacienda, la política y la administración y salió airoso de su empeño.

Al principio mostróse partidario de la conciliación; mas cuando, en vista del camino que se propuso seguir la Inglaterra, previó que la opresión conduciría á la libertad, no lo calló á amigos ni á contrarios, aconsejando, no obstante, que no se separasen de la legalidad, principal arma de los oprimidos que quieren emanciparse.

Se le tildó de rémora y pusilánime; pero cuando, agotada la paciencia, pudo justificarse la insurrección, se le vió hacer el primer papel en los tres teatros de aquella acción única: América, Londres, París.

Con su ida á Inglaterra, desconcertó los designios de los ministros, y aumentó los obstáculos. A su vuelta decía: «Os tratan con cierto miramiento, porque os temen; si cedéis, os tratarán como rebeldes; armaos.» Y llegada la hora, fué de los primeros en dar la señal de la insurrección, á pesar de haberla desaprobado hasta no verla madura.

Extraño á la guerra, se empleó en los consejos y tratados para extender la insurrección, consolidarla con la concordia, persuadir que los términos medios no sirven en los casos graves, y hacer que se decretara la independencia de su patria.

Cuando convino atraerse las simpatías y la amistad de la Francia, los americanos enviaron á Franklin, que por cierto la amaba muy poco.

Conociendo lo mucho que cautivan á los franceses las apariencias, Franklin puso en esta parte todo su estudio, y tuvo la satisfacción de ver coronado su objeto. Todos se agrupaban con entusiasmo en derredor suyo, considerándole como el símbolo vivo de las ideas nuevas, y tanto por sus cualidades científicas como por sus dotes sociales y diplomáticas, se granjeó el afecto de los filósofos, la admiración de los sabios y la estimación del pueblo.

Él, por su parte, sabia aprovecharse del aura popular, y mientras se le creía un bonachon, tenia la vista fija en las intrigas de los ambiciosos y en los manejos de sus adversarios, y no se desviaba de sus propósitos.

Fué el milagro de la roca de Horeb, con sólo sus cualidades personales, sacar á la Francia, agobiada de deudas, tres millones prestados en 1776, otros tantos en 1781, y cuatro al año siguiente.

Cuando volvió á su país, nadie puede imaginar las fiestas triunfales con que le recibieron en Filadelfia, donde sesenta años ántes entró sin un cuarto y sin nombre, y donde continuó dedicado al bien de su patria y de sus semejantes, hasta que rindió el inevitable tributo á la madre tierra, el día consagrado.

Dejó en su testamento capitales que acumulándose con el tiempo, sirviesen para grandes obras públicas, y pequeñas sumas con que ayudar los fatigosos pasos del que empieza

una carrera ó quiere ejecutar un noble designio.

Legó á Washington su baston de manzano silvestre.

Conocedores de esta historia, aunque trazada á grandes rasgos, se comprenderá mucho mejor cuán sentida hubo de ser la muerte de tan distinguido varon, de sabio tan eminente, de tan esclarecido ciudadano.

No tuvo la dicha de ver los resultados de la Constitución que fué uno de los primeros en aceptar, diciendo: «Adopto esta Constitución, porque creo que necesitamos un gobierno general, y no hay forma de gobierno que no dé buenos resultados, si se administra cuerda y sabiamente.»

Arreglada la cuestión de la deuda, no habia de tardar en tocarse las consecuencias. Aunque en los planes rentísticos de Hamilton entrase alguna ilusión, y en su ejecución algun abuso, dominaba en ellos una verdad importantísima: fundando la fe pública y ligando estrechamente la administración de las rentas con la política, dió desde los primeros dias al nuevo gobierno la consistencia de un poder establecido bajo las más firmes bases. De modo es que pronto la seguridad volvió á los ánimos, la actividad á los negocios, el orden á la administración, la agricultura y el comercio se extendieron y desarrollaron, el crédito aumentó rápidamente, la sociedad prosperó, sintiéndose libre y bien gobernada, el país y el gobierno progresaron á la par en la buena armonía que es la salud de los Estados.

Washington tuvo ocasion de ver por sus propios ojos en todos los puntos de aquel territorio, tan lisonjero, y para él querido y glorioso espectáculo. Despues de tres viajes que hizo, recorriendo detenidamente la Union, y durante los cuales recibió las mismas muestras de la admiración agradecida y tierna digna del verdadero padre de la patria, escribió á David Humphreys: «Me alegro de haber emprendido este viaje; el país parece progresar mucho; el trabajo y las costumbres frugales están de moda.... el pueblo tranquilo y adicto al gobierno general.... el agricultor encuentra fácil venta á sus productos. La experiencia diaria parece consolidar el gobierno de los Estados- Unidos y hacerlo de día en día más popular. La pronta obediencia á sus leyes prueba la confianza de los ciudadanos en sus representantes y en las rectas intenciones de los hombres que administran los negocios públicos (1).»

(1) Writings, tom. X, pág. 170.

Casi al mismo tiempo, escribia Jefferson, como si quisiera legar á la posteridad el mismo testimonio: «Han terminado las nuevas elecciones para el Congreso, y ha habido muy pocos cambios; prueba evidente y cierta, entre otras muchas, de que los actos del nuevo gobierno han producido general satisfacción.... Nuestros negocios continúan prosperando extraordinariamente, fruto de los verdaderos progresos de nuestro gobierno, y de la ilimitada confianza que en él deposita el pueblo, celoso en sostenerle, y convencido de que una firme union es la mejor garantía de nuestra seguridad.»

Al acercarse el término de la presidencia de Washington, año de 1793, y la necesidad de dar un nuevo jefe al Estado, se produjo un movimiento general por el vivo anhelo de todo el país en favor del que con tanto patriotismo, energía y acierto habia sabido regir las riendas del gobierno. Movimiento muy distinto en su aparente unanimidad; pues mientras el partido federalista queria conservar el poder, los demócratas conocian que aún no podian aspirar á él, y que el país necesitaba de la política y el prestigio del hombre que, no obstante, se proponian combatir. El público temblaba al pensar que pudiera interrumpirse el orden y la prosperidad que bajo tan lisonjero aspecto marchaba hácia su completo desarrollo.

Pero Washington, ansioso de descansar de sus fatigas, á la par que disgustado de la actitud de los partidos y viendo los peligros que amenazaban la situación, sólo esperaba que espirase el término de su elección para retirarse de la vida pública.

El rumor de la revolución francesa agitaba ya la América, y por otra parte una guerra inevitable y mal principiada contra los indios, requería poderosos esfuerzos, mientras que en el seno del gabinete habian llegado á tal extremo las escisiones entre Hamilton y Jefferson, que se manifestaban casi oficialmente en los periódicos la *Gaceta nacional* y la *Gaceta de los Estados- Unidos*, órganos respectivamente de los dos rivales, sin que bastaran á ponerles dique las prudentes exhortaciones y el prestigio de su presidente.

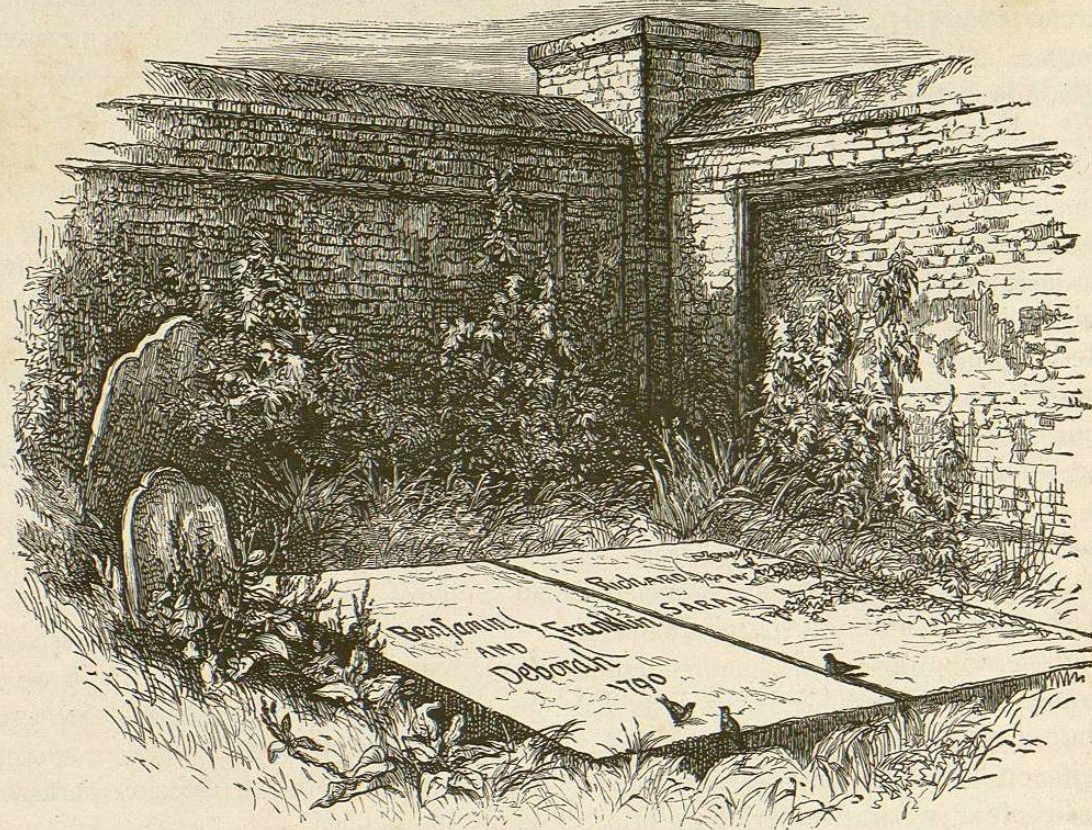
Con tal estímulo, la prensa de la oposición se entregaba á los más violentos ataques y Washington no podía ménos de experimentar la mayor inquietud, lamentándose amargamente á los que le inspiraban más íntima confianza. «Si el descontento,—escribia con tal motivo al procurador general Randolph,—la desconfianza

y la irritacion se esparcen así á manos llenas; si el gobierno y sus empleados tienen que sufrir continuamente el ataque de los periódicos sin tener siquiera la paciencia de examinar los hechos ó los motivos, temo que llegue á ser imposible, á quien quiera que sea, dirigir el timon y mantener unidas las partes de la máquina.»

Además, en algunos puntos, y particularmente en la Pensilvania occidental, despertó el espíritu de sedicion uno de los impuestos decretados para extinguir la deuda, el derecho

sobre los espíritus. Formáronse numerosos grupos manifestando que se hallaban dispuestos á negarse al pago de dicho impuesto, y Washington se vió obligado á prevenir solemnemente que estaba decidido á hacer que se respetara la justa autoridad de las leyes, por cuantos medios le permitiera la Constitucion.

Hasta en el Congreso no tenia la administracion un apoyo tan constante y eficaz, siendo Hamilton blanco de repetidas é inconsideradas acusaciones, y no mereciendo siempre sus proposiciones la debida aprobacion.



Tumba de Franklin en Filadelfia

Por otra parte, aunque el estilo de la Cámara de los representantes continuaba siendo adicto y respetuoso, no era tan delicado y tierno; de modo que habiéndose propuesto que se suspendiera la sesion por media hora, para ir á cumplimentarle, el 22 de febrero, aniversario de su nacimiento, combatióse la proposicion rudamente, y por último sólo se aprobó por una mayoría de muy pocos votos.

Nada de todo esto se escapaba á la vigilante sagacidad de Washington; y, celoso de su consideracion y de su gloria, que á pesar de su modestia queria conservar incólumes, sentia aumentarse con doble motivo su natural inclinacion á la vida privada y al reposo de Monte Vernon. Sólo podian contrabalancear en su ánimo su inclinacion y su prudencia, sus pro-

fundas convicciones, el bien público, el evidente interés de los negocios, el deseo, ó más bien el deber de acabar de consolidar su obra; y cuando pesaba y ventilaba consigo mismo estos diversos motivos, mostrábase más solícito de lo que parecia propio de su carácter, y acababa por decir: «El Señor, soberano y soberanamente sabio de los acontecimientos, ha guiado hasta ahora mis pasos, y en la importante resolucion que quizá tenga que tomar dentro de poco, espero que me indicará la senda tan claramente, que no pueda engañarme (1).»

Llegada la hora, redoblaron las instancias de todas partes para que accediera á los generales deseos, y hasta el mismo Jefferson, que

(1) Writings, tom. X, pág. 286.

se hallaba á la cabeza de la oposicion, dirigióle una carta apelando á su patriotismo, y haciéndole presente que la anarquía y los más graves peligros amenazaban al país, si él abandonaba su puesto ó rehusaba servir á la nacion.

Igualmente Hamilton le escribió diciéndole, entre otras cosas, que tanto en obsequio del bien público como por prudentes y patrióticas consideraciones, debería obedecer de nuevo á la voz de la patria, y que rogaba á Dios permitiera que hiciese un sacrificio más en obsequio del bien público.

Randolph tambien se expresó en el mismo sentido, y estas, y otras muchas cartas que recibió de varios puntos, le decidieron, por fin, á desistir de su resolucion, sacrificando una vez más su tranquilidad en aras del país, que de tal modo le aclamaba.

Reelegido por unanimidad, continuó desempeñando su elevado y espinoso cargo con el mismo desinterés, con la misma energía y quizá con ménos confianza que la vez primera, á pesar del buen éxito. Tenia un fiel presentimiento de las duras pruebas que le estaban reservadas.

Sucédense acontecimientos tan grandes, tan complicados, que superan la inteligencia del hombre, y hasta cuando se manifiestan permanecen largo tiempo oscuros en los hondos abismos donde se preparan los golpes que deciden de la suerte de las sociedades. Uno de tales acontecimientos, fué la revolucion francesa. Cuando el alma y la sociedad humana se agitan, conmueven y trastornan de una manera tan profunda, surgen cosas que ningun plan puede abarcar, porque ninguna imaginacion puede concebirlas.

Sin embargo, la sutil penetracion de Washington lo previó desde el primer día. Apenas empezaba la revolucion que llevó á la guillotina á Luis XVI, y, suspendiendo aquel grande hombre su juicio, se aisló de todos los partidos, de todos los espectadores ajenos á la presuncion de las profecias, á la ceguedad de los sentimientos hostiles ó llenos de esperanza, diciendo á algunos de los que se hallaba en más estrechas relaciones: «El acontecimiento es tan extraordinario en su principio, tan admirable en su progreso y puede llegar á ser tan prodigioso en sus consecuencias, que yo me quedo como perdido en la contemplacion.... Nadie desea más ansiosamente que yo su favorable éxito; nadie forma votos más sinceros por la prosperidad de la nacion francesa.... Si las

cosas concluyen como anuncian las últimas noticias, será la más feliz y poderosa de Europa. Pero aunque haya vencido el primer parasismo, temo que no sea el último.... El rey será mortificado cruelmente. Las intrigas de la reina, el descontento de los príncipes y de la nobleza, fomentarán divisiones en la Asamblea Nacional. La licencia del pueblo y la sangre derramada, asustarán á los mejores amigos del nuevo régimen.... Es difícil no pasar de uno á otro extremo, y en ese caso, la nave pudiera estrellarse contra escollos ahora invisibles, y nacer de ahí un despotismo peor que el antiguo.... Es un mar inmenso desde donde no se divisa ya la tierra (1).»

Desde aquel momento observó gran circunspeccion respecto á las naciones y á los acontecimientos europeos. Consecuente y fiel á los principios que habian fundado la independencia y la libertad de América, y animado de benévola gratitud hácia Francia, aprovechaba todas las ocasiones de poderla manifestar; pero como si presintiese que habia de pesar sobre él alguna grave responsabilidad, no queria expresar anticipadamente su opinion personal ni la política de su país, y procuraba mantenerse silencioso y reservado.

Llegado el temido día, cuando la declaracion de la guerra entre Inglaterra y Francia encendió en Europa la gran lucha revolucionaria, Washington proclamó la neutralidad de los Estados- Unidos, é hizo las siguientes declaraciones: «Mi política es sencilla: mantener relaciones amistosas con todas las naciones del mundo, sin depender de ninguna, ni tomar parte en sus disidencias; observar con todas nuestros tratados; proveer por medio del comercio á las necesidades de todas; tal es nuestro interés, nuestro derecho.... Quiero un comportamiento americano, la reputacion de una política americana; pero que las potencias europeas se convenzan de que obramos por nosotros mismos y no por ajenas inspiraciones.... El trastorno general de Europa no es suposicion absolutamente quimérica. La prudencia nos aconseja acostumbrarnos á no contar más que con nosotros mismos, y á regir con nuestras manos la balanza de nuestro destino.... Situados en cierto modo en medio de los imperios que se desmoronan, debemos procurar conservar esta posicion, y no ser arrastrados con ellos al abismo.... Nada, á no ser el respe-

(1) Writings, tom. X, págs. 88-40-344.